

estaban empeñados en iguales intereses y que militaban á la sombra de una misma bandera.

A la vez que esto pasaba recibió Alvarado una excitativa de parte del Virey Mendoza, en que le suplicaba fuera á verse con él á fin de arreglar algo acerca del socorro que dicho Virey deseaba le prestara á Francisco Vázquez Coronado, muy comprometido entónces en la conquista de Cibola y otras provincias.

Partió con toda brevedad Alvarado á encontrarse con el Virey, y después de haber conferenciado con él, quedó convenido en ir á dar auxilio á Coronado, volviéndose luego á la provincia de Avalos (Colima) donde provisionalmente habia acantonado parte de su gente y establecido su cuartel general; pero al llegar á Zapotlán, pueblo de la misma provincia, se encontró con Juan de Villareal, comisionado que le enviaba Oñate á instancias del Cabildo de Guadalajara, suplicándole viniese á auxiliar á la referida ciudad. Villareal no solo se conformó con entregar las cartas de Oñate á Alvarado, sino que también agregó de su parte la siguiente súplica verbal. "Estas cartas vienen escritas con lágrimas de afligidos: son del gobernador interino del reino de la Galicia, Cristóbal de Oñate, y del Consejo y regimiento de la ciudad de Guadalajara: por Dios y por el servicio que hará V. S. á su Magestad, le requiero socorra aquel reino y aquella ciudad, porque de no, se pierde todo; y esto con brevedad, Señor.<sup>1</sup>

Alvarado contestó luego encargando verbalmente á Villareal dijera al Gobernador Oñate y á los regidores de Guadalajara, que con mucho gusto iría á ponerse á su servicio á la mayor brevedad, asegurándoles que no los desampararía y que estaba pronto á pelear y á aún sucumbir en su ayuda.

Ya se deja comprender cuanto consuelo y regocijo recibieron los vecinos de Guadalajara al saber que el aguerrido y temible capitán estaría muy pronto entre ellos á prestarles socorro y á escarmentar á los sublevados.

<sup>1</sup> Mota Padilla, Hist. de N. Galicia, c. XXIV, p. 12i.

## CAPITULO XV.

[1541.]

Sale Miguel de Ibarra á reconocer los pueblos de Teocaltiche, Nochistlán y otros. — El cerro de Nochistlán. — *Tenamastle* y el cacique Don Francisco Aguilar, jefes del ejército *caxcán*. — Ibarra conferencia con dichos jefes. — Actitud digna de *Tenamastle*. — Rompen las hostilidades los indios del Peñol de Nochistlán. — Huye Ibarra hasta Guadalajara. — Llegada de Don Pedro de Alvarado á dicha ciudad.

Algo tranquilo Oñate con la promesa de socorro de parte de Alvarado, con el auxilio que también esperaba de México y con los aprestos militares que habia conseguido hacer, concibió la idea de llamar la atención de los rebeldes mientras llegaba Alvarado ó mientras podía poner en pié de conveniente defensa la ciudad. A este propósito ordenó á Miguel de Ibarra que con algunos soldados españoles fuese á reconocer los pueblos de Teocaltiche, Nochistlán y otros circunvecinos, que eran de la encomienda del mismo Ibarra.

Salió éste en los primeros días de Junio de 1541 á cumplir con su comisión, y habiendo llegado á Teocaltiche se encontró el pueblo solo, pues sus habitantes lo habían abandonado para ir á replegarse con los del Peñol de Nochistlán, razón porque se dirigió á este punto, que solo dista unas cinco leguas de aquel.

El referido cerro estaba ya defendido por más de diez mil *caxcanes* vistosamente adornados á la manera con que ellos usaban presentarse en la guerra. Siete albarradas ó trincheras coronaban el cerro, formando gruesos anillos de piedra suelta, repartidos desde la base hasta la cúspide. Con tan formidable fortificación y las abruptas peñas y relices que ofrecían cortaduras y parapetos naturales, los *caxcanes* consideraron inexpugnable y segura su fortaleza.



Mandaban aquella respetable y animosa multitud dos jefes de grande influencia y prestigio entre los sublevados: el uno se llamaba *Tenamaxtle* y era *zacateco* de nación; probablemente se había bautizado abrazando la fé cristiana, cuando entraron á estas tierras los primeros religiosos franciscanos, pues ya en el tiempo á que me vengo refiriendo era conocido por D. Diego el *Zacateco*. El otro jefe era D. Francisco Aguilar, cacique de Nochistlán, cuyo nombre indígena no se menciona en ninguna relación histórica.

Sin duda creyó Ibarra que su sola presencia bastaría para infundir temor y aquietar á los insurrectos, pues antes de recurrir á las armas envió á llamar á dichos caciques para amonestarlos, logrando que bajase primero D. Francisco Aguilar, quien le manifestó que él era amigo de los españoles y estaba pronto á obedecerlos y á servirlos, y que si se encontraba comprendido en aquella sublevación, era porque temía lo mataran sus compañeros. Declinó toda la responsabilidad en *Tenamaxtle*, diciendo que éste era quien alentaba y movía la referida sublevación, y concluyó manifestando á Ibarra que le parecía muy peligroso é inconveniente que con tan pocos soldados y en tales momentos se presentara en aquel lugar.

Ibarra fingió no tener temor alguno, ó mejor dicho, confiaba en que aun podía conservar algo de ascendiente entre los *caxcanes* de su encomienda. Mandó, pues, que bajase D. Diego para conferenciar con él y ver si por medio de halagos y promesas lograba poner buen fin á la rebelión. El cacique *zacateco* accedió al llamamiento del capitán español, creyendo que éste le haría proposiciones aceptables ó ventajosas; pero cuando vió que Ibarra solo se limitaba á interrogarle sobre los motivos que lo habían impulsado á asumir una actitud tan hostil, á asegurarle la buena amistad y los deseos de los españoles y á ofrecerle que todo se le perdonaría si él y los suyos deponían las armas, sujetándose á vivir en paz, el bravo guerrero, indignado probablemente con tanta promesa falsa, quizá recordando las iniquidades y las injusticias que con sus compatriotas cometían los conquistadores, respondió á Ibarra en términos enérgicos y ofensivos, y dando voces de "¡á las armas, compañeros!"—"¡Mueran estos españoles!"—"¡Defendamos nuestras tierras!" provocó tal entusiasmo y gritería en el

ejército *caxcán*, que arrojando éste una nube de flechas sobre los españoles, los obligó á retroceder hasta la llanura inmediata.

Ni Ibarra intentó después de esta demostración volver sobre los indios, ni éstos se atrevieron á seguirlo, y libre ya del ataque de los enemigos, prefirió volverse á Guadalajara para imponer al Gobernador Oñate acerca del mal éxito de la expedición que le acababa de confiar y de la actitud abiertamente amenazadora de los *caxcanes*. Oñate aprobó la retirada de Ibarra y temiendo que aquella reunión, bastante numerosa ya, fuera aumentándose con los insurrectos de otras tribus ó de otros pueblos inmediatos, procuró acelerar la fortificación de la ciudad.

Por su parte D. Diego el *Zacateco*, alentado por la victoria que acababa de obtener contra Ibarra, no perdió tiempo en engrosar el número de sus huestes, convocando al efecto á todos los caciques de los señoríos comarcanos, pues no solo se trataba de una guerra defensiva, sino de una lucha cuya bandera llevaba por divisa la libertad de la patria y la completa derrota ó la destrucción de los opresores.

Si los resultados de tan patriótica como justa empresa, no coronaron felizmente los ardientes deseos, los esfuerzos y el valor de aquel improvisado ejército, culpa fué de su falta de pericia militar ó de un perfecto conocimiento del arte de la guerra, de la superioridad de las armas españolas, y en mucha parte, de las supersticiones que en estos y otros diversos casos influyeron tanto en el ánimo de los indígenas, más bien para perjudicarlos que para favorecerlos, como lo demuestran muchos ejemplos que sobre esto se registran en la historia de nuestro país.

No es extraño, pues, que el temerario arrojo y la heroica abnegación de miles y miles de guerreros indígenas armados de hondas, piedras, venablos y flechas, fueran á esterilizarse en presencia de algunos centenares de lanzas y arcabuces, porque si en la época actual pudiéramos presenciar un combate entre millares de españoles armados como en el tiempo de Carlos V y de Felipe II, y un corto número de combatientes con rifles de repetición y cañones de los sistemas modernos, el resultado sería indudablemente funesto para aquellos, pues ni las férreas armaduras, ni el rudo empuje de tan numeroso ejército serían capaces de contener



el estrago destructor de los innumerables y mortíferos proyectiles lanzados cada minuto, cada instante por las bocas de fuego de que se hace uso en las guerras de nuestros tiempos.

Muchas veces no es el número ó el arrojo lo que puede decidir favorablemente el éxito en una lucha, sino más bien la suerte, la pericia, la astucia, la ventaja de las armas y otras circunstancias que suelen favorecer á los vencedores.

A Hidalgo, el Padre de nuestra independencia le sobraban compañeros en el combate, pero no tenía soldados; le sobraba patriotismo y denuedo, pero no conocía ni la estrategia ni la disciplina militar; el valor, la constancia y el heroísmo de los insurgentes fueron dignos de admiración, pero todas estas circunstancias no bastaron á librar á aquellas intrépidas legiones, de frecuentes y funestas derrotas.

Pero volvamos al teatro de los sucesos.

Impaciente esperaba Oñate la llegada de D. Pedro de Alvarado, quien como hemos visto antes, había ofrecido acudir á la mayor brevedad en socorro de la ciudad de Guadalajara.

Habiendo recibido Oñate aviso de que Alvarado se encontraba muy cerca, envió á Juan del Camino con alguna gente á recibirle á Tonalán, pero lo encontró ya pasando el Rio Grande, porque habiendo forzado las marchas, en un día y una noche logró salvar una distancia que en jornadas ordinarias solo hubiera podido recorrer en tres días.<sup>1</sup>

Verdadero gusto recibió Alvarado al saber por boca de Juan del Camino que aun quedaban vivos muchos españoles en Guadalajara, pues iba en la inteligencia de que casi todos habían perecido.

Aceleró, pues, la marcha y llegó á la referida ciudad el 12 de Junio de 1541.<sup>2</sup> El Gobernador Oñate salió con algunos españoles á recibirle á media legua de distancia; abrazáronse ambos capitanes con la efusión de manifiesto gozo, lo mismo que los antiguos camaradas que recíprocamente se reconocieron entre los subalternos de Oñate y los de Alvarado, dirigiéndose éste y los 100 soldados que le acompañaban, á los alojamientos que ya se les tenían prevenidos.

<sup>1</sup> Bustamante. Suplemento á la Hist. de las Conquistas de Cortés.

<sup>2</sup> Tello, Cap. CXIII, pág. 365.

## CAPITULO XVI.

(1541.)

Conferencias de Don Pedro de Alvarado con Oñate acerca de la pacificación de los rebeldes.—Justas observaciones de Oñate.—Emprende Alvarado la campaña y no admite la ayuda de Oñate.—Sale Alvarado para el Mixtón con 100 hombres.—Va en su observación el Gobernador Oñate con una pequeña escolta.

Inmenso y justo fué el júbilo que experimentaron los vecinos de Guadalajara con la llegada de Don Pedro de Alvarado, á quien no solo miraban como á un compatriota y amigo, sino también como á un salvador, como á un enviado de la Providencia para librarles de peligros en verdad inminentes y aún de desgracias ó desastres que se tenían como inevitables.

Alvarado se hospedó en la casa de Juan del Camino, cuya esposa Doña Magdalena Alvarado era pariente del mismo Don Pedro. Se alojó y atendió á la tropa lo mejor que se pudo en las casas de la ciudad, porque hasta entonces no se habían construido más edificios públicos que una pequeña iglesia consagrada á las prácticas religiosas de los vecinos y de los misioneros franciscanos.

Mientras que la gente de Alvarado tomó descanso unos cuantos días, éste se ocupó en conferenciar con Oñate acerca del mejor modo de conducir la expedición que proyectó contra los insurrectos.

Alvarado, engreído y orgulloso con los triunfos que había adquirido en los diversos encuentros y batallas que tuvo con los mexicanos y los guatemaltecos durante la con-



quista de la Nueva España, confiado en su valentía y en su pericia como soldado y como conquistador, y casi seguro de que su solo nombre ó su presencia enfrente de hordas indisciplinadas de salvajes, bastaría para intimidarlos y para proporcionarle nuevas glorias que ardientemente ambicionaba, no quiso dejar que pasase más el tiempo sin que su incansable espada, que tantas proezas había ganado en campañas anteriores, dejase de cubrirse con la gloria de escarmentar á los insurrectos de Nochistlan y del Mixtón, lo que equivalía á tanto como volver la tranquilidad y la vida á los consternados y comprometidos vecinos de Guadalajara y otros puntos de la Nueva Galicia, donde residían algunas familias castellanas.

Oñate, menos presuntuoso, menos confiado y quizá ménos aguerrido que Cortés; pero más conocedor del terreno y del enemigo y más previsor y cauto que el arrogante Don Pedro, se esforzó cuanto pudo en disuadir á éste de emprender una campaña inoportuna y poco meditada contra los *caxcanes*, demostrándole con la elocuencia de los hechos lo peligroso que sería para las armas españolas ir á desafiar á los revoltosos en sus propias guaridas y en una estación en que las lluvias hacían impracticables los caminos, y mucho más, el acceso de las caballerías á los lugares altos ó pantanosos.

Léjos de recibir bien Alvarado las prudentes observaciones de Oñate, y tal vez deseando que éste no participara de la honra y de la gloria que para sí ambicionaba en esta expedición, respondió al Gobernador con estas palabras, que prueban hasta dónde el sentimiento fatal de la vanidad y el roedor gusano de la envidia aguijoneaban el corazón de aquel guerrero, cuyas miradas tanto se habían acostumbrado á contemplar con indiferencia, si no es que con gozo, horribles hecatombes de víctimas indígenas, y cuyo brazo no se sentía satisfecho sino derribando numerosos enemigos y poniendo fuego á los pueblos y á los hogares á donde lograba llevar las vencedoras armas españolas. He aquí la respuesta de Alvarado: "Señor Gobernador, á mí me parece que no se dilate el castigo de esos traidores enemigos, que es vergüenza que cuatro gatillos hayan dado tanto trueno; que con menos gente que la que conmigo traigo, bastará á sujetarlos, porque he arruinado muchas máquinas de

enemigos,<sup>1</sup> y es mengua que para éstos sea menester más socorro; no hay que esperar más."<sup>2</sup>

En vano insistió el Gobernador Oñate en hacerle comprender la conveniencia de reservar la jornada para mejor tiempo, ó á lo ménos para cuando se recibiera el auxilio que ya se había pedido al Virey Mendoza por conducto de Diego Vázquez de Buendía. Oñate le aseguró que habían ya matado los españoles 15,000 indios desde que se había comenzado la conquista de la Nueva Galicia, y que sin embargo, no se les podía sujetar.

Alvarado persistió en su pensamiento, manifestando á Oñate que estaba resuelto á salir de Guadalajara para el próximo día del Apostol Santiago, y que lo haría con solo sus soldados, sin que lo acompañara ninguno de los de Oñate, agregando que la causa de que los indios estuvieran victoriosos y tan insolentes, era el poco valor de los españoles que hasta allí los habían batido.

Estas palabras naturalmente ofendieron y avergonzaron á Oñate, quien comprendiendo la vanidad y la injusticia de Alvarado y no queriendo provocar un funesto conflicto ó rompimiento entre los únicos de quienes se esperaba la pacificación del reino y particularmente la quietud de la ciudad, se vió obligado á sufrir tan descortés reproche, conformándose con replicar al soberbio capitán en los siguientes comedidos y juiciosos términos: "Señor Adelantado:<sup>3</sup> no hay que tratar de eso; todos hacen el deber en su causa; V. S. no conoce la tierra que es áspera, vale más un indio de los de acá, que mil de los que por allá se han conquistado, y en lo que toca á los soldados, los de acá son bonísimos [no quiero tratar de los que V. S. trae] dice que con brevedad quiere allanar la tierra, pero para allanarla dese orden de lo que se ha de hacer y vamos, que yo deseo harto la brevedad, pero repare V. S. en que son las aguas y la mayor fuerza de ellas, y hay pantanos y no sé lo que será; espere V. S. hasta el día de San Miguel, que entónces cesarán las aguas."

Todo fué inútil; ninguna observación bastó á variar el decidido propósito de Alvarado, quien temiendo que de un

1 O sea muchas cantidades de enemigos. [N. del A.]

2 Tello, c. CXIII, p. 365.

3 Adelantado: palabra que significa algo como gobernador ó jefe de provincia.



día a otro llegase el auxilio que tenia prometido el Virey y lo privara de conquistar los laureles que le ofrecía su soñado triunfo contra los *caxcanes*, violentó cuanto pudo la marcha hácia el Mixtón, asegurando que solo en cuatro días podría terminar una campaña que le pareció no era más que un paseo triunfal que le permitiría volver muy pronto y cargado de trofeos, á continuar la conquista de California y otros países que intentaba descubrir.

Cuando Oñate vió que ningún esfuerzo de su parte pudo cambiar el fogoso ánimo del Adelantado y que este estaba absolutamente resuelto á emprender la campaña por su propia cuenta y riesgo, no quiso insistir más en disuadirlo, y terminó sus gestiones manifestándole cuánto sentía no hubiera querido diferir su salida para cuando llegara el socorro de México, tiempo en que todos podrían ir juntos á la pacificación de los pueblos insurrectos.

Pedro de Alvarado estaba tan violento que nada más quiso oír de cuanto se refería á retardar la realización de su ambicionada victoria. "La suerte está ya echada, dijo, yo me encomiendo á Dios."

¡A cuántos desastres iba á dar lugar la conducta poco reflexiva de Alvarado! ¡Cuántas víctimas quedaban envueltas en aquella resolución intempestiva y temeraria!

¡Cuántas lágrimas iban á derramarse á causa de la ciega ambición de un hombre que sólo deseaba cubrirse con el ropaje de la celebridad, por más que ésta fuera adquirida al precio de multitud de vidas y desgracias!

Pero "la suerte estaba echada" y no había más que obedecer los designios de la suerte.

Alvarado se despidió de Oñate y de los demás vecinos de Guadalajara, y después de haber estado allí solamente doce días, partió el 22 de Junio con rumbo á Nochistlán.

Entre tanto Oñate, que consideró casi seguro un fracaso ó cuando ménos algún contratiempo peligroso para Alvarado, alistó brevemente 25 hombres de á caballo con el fin de ir á observar la lucha que se esperaba sangrienta y tremenda entre el reducido ejército del Adelantado y los indios del Peñol de Nochistlán.

No parece muy cuerda ó acertada esta determinación de Oñate, porque si este se proponía solamente ir por curiosidad á presenciar que se realizaran los funestos presagios

que habia hecho al capitán Alvarado, sin llevar el propósito firme de socorrerlo en el caso de un serio conflicto, esa curiosidad, ese deseo abría la puerta á otros peligros para la ciudad, que bastante escasa de defensores y de elementos de guerra, quedaba aún más expuesta y debilitada con la ausencia de Oñate y los 25 españoles que le acompañaron, pudiendo fácilmente haber sido sorprendida por algún cuerpo de sublevados, si éstos hubieran sabido aprovechar aquella favorable circunstancia, mientras en Nochistlán y el Mixtón se empeñaba una cruda y formidable lucha.

